



Camino Sinodal 2021-2023

Por una Iglesia Sinodal: Comunión, participación y misión
Fase Diocesana en la Diócesis Católica Romana de Charlotte
17 de octubre de 2021 – 30 de junio de 2022

Síntesis diocesana

Dr. Alessandro Rovati

Introducción

Si bien con la publicación de la Síntesis Diocesana la fase diocesana del sínodo llega a su fin, el proceso no termina en nuestra Iglesia local. Todo lo contrario, la publicación del informe final marca un comienzo. El Papa Francisco explicó en la apertura del sínodo que "el encuentro y la escucha no son fines en sí mismos, dejando todo como estaba antes. Por el contrario, cada vez que entramos en diálogo, nos dejamos interpelar, avanzar en un viaje. Y al final, ya no somos los mismos, estamos cambiados".¹ Lo que ahora comienza es el momento de discernimiento apostólico en el que nuestro ordinario local, el Reverendísimo Peter J. Jugis, se tomará el tiempo para estudiar, asimilar y meditar sobre todo lo que surgió del camino sinodal en la diócesis. No solo podrá ver los testimonios y las necesidades que surgieron en la diócesis en su conjunto, sino que también tendrá la oportunidad de aprender sobre las muchas situaciones y necesidades que los individuos, las parroquias y los diversos grupos describieron en sus contribuciones sinodales. Fueron tan diversos y ricos que este informe no podía reflexionar sobre todos ellos. En ocasiones, había una necesidad muy importante y apremiante que solo era mencionada por un grupo o parroquia. Sin embargo, al tener que elegir qué incluir en este breve informe, la síntesis diocesana identifica y se centra en las respuestas más frecuentes que surgieron en el proceso. Da una idea de las experiencias y necesidades más destacadas que caracterizan a la

¹ Papa Francisco, "Homilía en la Santa Misa para la Apertura del Camino Sinodal". (10 de octubre de 2021)

Diócesis de Charlotte y ayuda a la USCCB en el trabajo de síntesis que el Vaticano pidió en esta etapa del viaje sinodal. Pero, nada de lo que surgió de las conversaciones sinodales se perderá. De hecho, el Obispo Jugis ya ha pedido ser informado con mayor detalle sobre todas las contribuciones del sínodo para "agregar otra dimensión de [su] conciencia de las necesidades de la diócesis" y proporcionar "una buena contribución para [su] ministerio".²

El camino sinodal en la diócesis también continúa en las parroquias, grupos y asociaciones que participaron en él. Las personas que facilitaron el sínodo y el liderazgo de las comunidades en las que se llevó a cabo, ahora tienen la responsabilidad de orar, comprender y responder a lo que aprendieron. Ya hay muchas iniciativas que comienzan alrededor de la diócesis para responder a algunas de las necesidades que surgieron en las conversaciones sinodales. Y es probable que, lo que comenzó con el sínodo, traiga muchos otros frutos a nuestras comunidades. Los meses por venir serán momentos emocionantes de deliberación eclesial en los que, prestando atención a la realidad de nuestra situación actual, habiendo escuchado a todos los miembros de la familia diocesana y dóciles a las impresiones del Espíritu Santo, nuestra Iglesia local y todas sus comunidades tratarán de responder a lo que el Señor nos llama a continuar en nuestro camino de fe y obra misionera. Si bien el sínodo tiene relevancia nacional, continental y global, fue diseñado para trabajar e impactar en múltiples niveles, siendo el nivel local, en última instancia, el más importante. No importa lo que el Espíritu Santo quiera hacer con nuestra contribución diocesana al sínodo global a medida que el proceso continúa, lo que queda para la Diócesis de Charlotte es el camino que hemos hecho como individuos, comunidades y familia diocesana.

Participación en el Sínodo

En la Diócesis de Charlotte, 76 de las 92 parroquias y misiones organizaron sesiones sinodales, y casi todas las oficinas y ministerios diocesanos también lo hicieron. La diócesis recibió informes sinodales de Caridades Católicas, la Oficina de Vida Familiar, la Oficina del Ministerio Juvenil, la Oficina de Formación en la Fe, el Ministerio Hispano, el Ministerio Vietnamita y el Ministerio Coreano. Las sesiones del Sínodo fueron organizadas por la Oficina del Ministerio de Campus Universitario en muchas de las comunidades universitarias en las que sirven y por la Oficina de las Escuelas Católicas en todas las escuelas diocesanas. Los diáconos permanentes, el Seminario Universitario San José y los sacerdotes de al menos cinco vicariatos también organizaron sesiones sinodales. Además, 16 asociaciones laicas, apostolados y grupos celebraron sesiones sinodales con sus miembros, algunos de los cuales

² Obispo J. Peter Jugis, "Discurso en la reunión diocesana para el Sínodo". (11 de junio de 2022)

adicionalmente participaron en el proceso sinodal a través de sus parroquias. También hubo dos órdenes religiosas que organizaron sesiones sinodales en sus comunidades: los Monjes Benedictinos de la Abadía de Belmont y las Hermanas de la Misericordia de las Américas. Finalmente, los católicos eritreos de Charlotte, una comunidad católica de rito oriental, también participaron en el proceso.

Entre enero y principios de junio, hubo más de 400 sesiones sinodales en la diócesis. La gran mayoría (alrededor de 350) se realizaron en persona, mientras que las restantes se llevaron a cabo online. Aproximadamente 6000 personas participaron en el sínodo asistiendo a una sesión de escucha. Muchas comunidades lingüísticas diferentes participaron en estas reuniones, y las sesiones se llevaron a cabo en inglés, español, eritreano, vietnamita y coreano. Además, tanto la diócesis como más de 30 parroquias y grupos crearon y distribuyeron encuestas online para permitir que las personas que no pudieron participar en una de las sesiones de escucha contribuyeran al sínodo. Más de 1000 personas participaron en el sínodo de esta manera, lo que significa que más de 7000 personas formaron parte del proceso sinodal en nuestra diócesis.

La diócesis nunca ha concebido el proceso como una cuestión de números. Al final del día, nada es más importante en nuestra vida juntos que la persona con su historia, fe y necesidades. Aun así, es notable que tantas personas participen en el proceso. Lo que es conmovedor no es el mero número de personas, sino el hecho que la participación es un signo que hay muchos que tienen el deseo de crecer en su fe, de participar más plenamente en la vida de la Iglesia y de confiar a su comunidad y a la Iglesia en general sus alegrías y preocupaciones.

La experiencia de la fe en el pueblo de Dios

El camino sinodal fue una ocasión para ver con claridad las múltiples formas en que el Señor permanece presente y fiel a su pueblo. Muchísimas historias de conversión, testimonios extraordinarios de caridad y descripciones sinceras de cómo Cristo tocó los corazones de las personas surgieron durante las conversaciones sinodales.

"*Me encanta*", dijo una persona en una de las sesiones del sínodo en español, "me llena de deleite, de alegría, vivir la relación con Cristo en la vida de la Iglesia". "Fui soldado en México", dijo otro, "e hice muchas cosas de las que no estoy orgulloso. La misericordia del Señor tocó mi vida y la transformó por completo. Pensé que estaba perdido y, sin embargo, aquí estoy". Aquí hay otro testimonio conmovedor, "Cuando mi esposa murió, pensé que sería el final. En cambio, una nueva vida de servicio y devoción a la Iglesia se me abrió". "Participar en la liturgia es como estar en el cielo", dijo otra persona, "es un momento en el que estamos en comunión con Dios". Otro

participante del sínodo reflexionó, "La fe no es solo las reglas; es una relación con Dios. El Espíritu Santo me llamó a la oración diaria, al *examen* diario. Me dirijo a Cristo más a menudo ahora en busca de guía y consuelo". Otra persona dijo, "El Evangelio me toca y me transforma a través de los amigos de mi comunidad y el amor que tienen por mí". "Las amistades que tengo en la parroquia me enriquecen. Hay un compartir de sí mismo cuando convergen nuestras vidas a la luz de la fe. Es profundamente hermoso", dijo una persona reflejando algo que muchos compartieron. He aquí un último testimonio, "Ha habido muchos casos en los que uno de nosotros ha sido puesto en un lugar porque alguien está buscando una Iglesia a la que llamar hogar. O ha estado en un lugar donde un individuo está buscando a alguien que esté dispuesto a escuchar y prestar atención a lo que está diciendo. Cuando estamos en esos momentos, al llegar a otros que están necesidad o búsqueda, es cuando sabemos que Dios está con nosotros. Cuando estás verdaderamente 'presente' con alguien que necesita ayuda, sientes que Dios te está hablando y está a tu lado".

Los testimonios abundan. Es imposible no estar lleno de asombro y gratitud por la creatividad de Dios al alcanzar a Su pueblo. De hecho, el sínodo también descubrió muchos desafíos y dificultades que las personas enfrentan, y al pensar en ello, la nota dominante es la realización de la fidelidad de Cristo. En todo caso, el hecho de que haya tantos desafíos y dificultades hace que sea aún más evidente que el Señor no nos ha abandonado. Porque uno pensaría que, en un mundo tan lleno de contradicciones, la fe simplemente podría dejar de existir. Y, sin embargo, no lo hace, porque, una y otra vez, Dios toma una nueva iniciativa para conquistar nuestros corazones.

Cuando se les preguntó acerca de los signos más significativos de la presencia del Señor en sus vidas y sobre las cosas que más nutren su fe, las personas identificaron con mayor frecuencia lo siguiente: oración (tanto individual como comunitaria); vida en la familia y los testimonios de fe de cónyuges, hijos, padres y familia extendida; participación en la liturgia, la Santa Misa en particular; los sacramentos en general, con especial énfasis en Eucaristía y Confesión; estar involucrado en obras de misericordia, actos de bondad y caridad, oportunidades de servicio y ocasiones para ministrar y estar con los necesitados; la amistad y unidad con otros miembros de la parroquia o comunidad de fe; el testimonio, el ejemplo y el acompañamiento de sacerdotes y diáconos; la meditación y el estudio de la Escritura tanto personalmente como en pequeños grupos; y, finalmente, la Adoración Eucarística. Los diferentes grupos lingüísticos generalmente estuvieron de acuerdo en cómo el Señor está presente en medio de ellos. Sin embargo, los que no hablan inglés agregaron un énfasis particular en la posibilidad de experimentar la presencia y la cercanía de Dios en el sufrimiento mientras se enfrentan a las luchas y pruebas de la vida y en la práctica de las devociones Marianas.

Desafíos para la Comunión, Participación y Misión

Al centrarse en los signos de la presencia del Señor en sus vidas, las personas también se dieron cuenta de las muchas maneras en que el seguimiento y la concesión de espacio a tal presencia se ven obstaculizados por dificultades y desafíos. Al estudiar cuidadosamente todas las contribuciones sinodales, es posible identificar al menos 123 desafíos y preguntas diferentes que las personas nombraron en las conversaciones. Es imposible dar una cuenta completa de todos ellos aquí. El enfoque permanecerá, en cambio, en los que surgieron con más frecuencia.

Primero, las personas se dieron cuenta de que a menudo se distraen y no dejan que la conciencia de la presencia de Cristo sea la fuerza principal en sus vidas. En algunos casos, tal distracción es causada por la dificultad de dar espacio a la oración personal en medio del ajetreo de la vida. En el pasado, la lucha es causada por los propios compromisos laborales, especialmente en las comunidades minoritarias y migrantes, cuyos trabajos a menudo los mantienen ocupados durante horas muy largas e incluso durante los fines de semana. Los teléfonos inteligentes, Internet y las redes sociales también surgieron mucho. Los participantes del Sínodo dijeron que crean ruido en la mente, representan una tentación constante de rehuir las tareas o las relaciones en cuestión, y a menudo causan soledad y adicción. Finalmente, las personas reconocen que a menudo no dan prioridad a la vida de fe sobre otros intereses y actividades. El resultado es una falta de participación en las actividades de fe y en la vida parroquial o comunitaria.

Un segundo desafío predominante identificado es la cultura y entorno en el que vivimos. Si bien las personas destacaron diferentes elementos de la sociedad contemporánea que son especialmente desafiantes para ellos, había un sentido ampliamente compartido de una profunda tensión entre la fe y el mundo de hoy. Muchos compromisos cristianos sobre el mundo, quiénes somos, y lo que nos debemos unos a otros, compromisos que podrían haberse dado por sentados hasta hace relativamente poco, ahora son cuestionados y se oponen activamente. Vivimos en un ambiente secular cuyo individualismo, relativismo, polarización y consumismo nos desafía profundamente. Nuestra vida común y la imaginación de las personas están moldeadas por una cultura de usar y tirar que daña constantemente la dignidad humana y lastima a los vulnerables y a la creación, y no somos inmunes a absorber las mismas fuerzas culturales que están en juego en la sociedad actual. El resultado es que a las personas les resulta difícil entender la fe y buscar lo que es correcto en un contexto cultural que a menudo nos dirige en la dirección exactamente opuesta. Muchos reconocieron que la cultura con frecuencia nos moldea más que la Iglesia, por lo que nos confundimos acerca de la verdad. Además, es extremadamente difícil vivir

nuestro llamado a ser discípulos misioneros en tal contexto. Por un lado, las personas se sienten inadecuadamente preparadas para ese llamado. Por otro, muchos experimentan miedo a ser juzgados, excluidos o rechazados debido a su fe y, por lo tanto, se sienten bloqueados.

El tercer desafío dominante que las personas describieron son las divisiones internas que experimentan la Iglesia en general y nuestras comunidades individuales. Estas profundas divisiones se presentan en tres formas primarias. Primero, nuestras comunidades luchan por hacer una auténtica experiencia de comunión debido a las barreras creadas por el idioma, raza y cultura. Estas barreras se manifiestan especialmente en las interacciones en las parroquias con una comunidad anglosajona y una o más comunidades minoritarias. Debido a tales divisiones, las comunidades minoritarias y migrantes a menudo se sienten olvidadas y tratadas como una ocurrencia tardía. Existe una percepción generalizada de que las minorías étnicas carecen de apoyo y reconocimiento por parte del clero y la diócesis, y que las culturas y sensibilidades minoritarias y migrantes son vistas con sospecha y, a veces, con hostilidad absoluta. Además, las barreras lingüísticas y la falta de formación en lenguas extranjeras de los sacerdotes diocesanos dificultan que los no angloparlantes se involucren plenamente en el culto y la comunidad de fe, y reciban la atención pastoral necesaria. En segundo lugar, incluso dentro de las comunidades minoritarias y migrantes, hay divisiones causadas por los diferentes países de origen, las divisiones culturales internas entre las personas que provienen del mismo país, y si las personas son miembros históricos o nuevos de una comunidad. En tercer lugar, hay profundas divisiones causadas por la polarización y la desunión dentro de la Iglesia sobre algunas de sus enseñanzas y su forma de encarnarlas en la sociedad. En términos generales, los desacuerdos que parecen causar la lucha más significativa en nuestras comunidades son los que rodean el testimonio público de la Iglesia sobre el aborto, la homosexualidad y las cuestiones de género, el papel de la mujer en la Iglesia, y el legado del Vaticano II en asuntos de liturgia y en la vida y espiritualidad de la Iglesia en general. Los fieles están profundamente divididos acerca de tales asuntos. La gente también se preguntaba si los compromisos seculares y políticos, una mentalidad mundana y la internalización de la polarización de nuestra era, en lugar de los compromisos teológicos auténticos, son la fuente de muchos de los desacuerdos internos que afligen a la Iglesia. Si bien la contestación siempre ha sido parte de la tradición católica, podría parecer que hemos llegado a una etapa en la que los desacuerdos son intratables y las premisas mismas en las que se basan son inconmensurables. Por ejemplo, algunos quieren centrarse exclusivamente en la experiencia pastoral y parecen olvidarse de la importancia de la Escritura, la tradición católica y el *Magisterio*. Otros, en cambio, tienen una idea equivocada de la inmutabilidad de las enseñanzas de la Iglesia y piensan que cualquier intento de

reflexionar sobre los signos de los tiempos y discernir si el Espíritu Santo nos está llamando a una comprensión más profunda de la verdad de la Revelación Divina es en sí mismo una traición a la fe.

El sínodo mostró que con frecuencia dejamos que las divisiones internas y los desacuerdos se apoderen por completo de nuestra imaginación y forma de estar juntos. Con demasiada frecuencia, los lazos de caridad que deberían existir en nuestra comunidad cristiana se rompen porque reducimos al otro a la suma total de las cosas en las que no estamos de acuerdo. En lugar de partir de nuestra unidad en Cristo, dejamos que la polarización y la enemistad que caracteriza a la cultura más amplia envenenen nuestros corazones y comunidades. Además, la tentación de "ningunear" a personas que tienen una sensibilidad o experiencia diferente a la nuestra, como lo hace la cultura dominante, está muy presente en nuestro medio. Es un riesgo que atraviesa todo el espectro eclesial, y todos, sin excluir a nadie, debemos orar por la gracia para resistirlo. La Escritura es clara en cuanto a que Dios siempre provocará una multiplicidad de carismas y dones en la Iglesia para que, todos juntos y en su carácter distintivo, puedan contribuir a la edificación del reino. En consecuencia, es en nuestro grave detrimento y en detrimento de la Iglesia cuando utilizamos como armas la sensibilidad o tradición teológica, espiritual o cultural con la que el Señor tocó nuestras vidas. Los diferentes dones que el Espíritu Santo le da a la Iglesia son para edificar el único Cuerpo de Cristo. Es verdaderamente un pecado cuando los utilizamos para pelear unos con otros.

El Papa Francisco nos advirtió contra la tentación de convertir el sínodo en una batalla parlamentaria en la que un lado derrota al otro para afirmar sus posiciones. El Santo Padre ha sido muy claro al respecto. Debemos resistir la tentación de reducir el sínodo a "la comunicación y comparación de nuestras propias opiniones sobre este o aquel tema, o un solo aspecto de la enseñanza o disciplina de la Iglesia... La idea de distinguir entre mayorías y minorías no debe prevalecer".³ El Papa amplió esta visión en su libro *Let Us Dream* para explicar que la sinodalidad no implica cambiar "las verdades tradicionales de la doctrina cristiana"; en cambio, se ocupa de "cómo se puede vivir y aplicar la enseñanza en los contextos cambiantes de nuestros tiempos".⁴ El sínodo trata de reflexionar juntos sobre cómo encarnar más plenamente nuestros compromisos cristianos para que la Iglesia pueda enfrentar los desafíos de hoy. En consecuencia, en lugar de enojarnos o frustrarnos con aquellos que tienen dificultades o preguntas sobre esta o aquella enseñanza de la Iglesia, debemos examinarnos a nosotros mismos y a la vida de nuestras comunidades para ver si realmente las

³ Papa Francisco, "Discurso a los fieles de la diócesis de Roma", 18 de septiembre de 2021.

⁴ Papa Francisco, *Soñamos* (Nueva York: Simon y Shuster, 2022), 84-5.

encarnamos plenamente. Por ejemplo, la Iglesia tiene claro que su teología del sacerdocio no implica en modo alguno una disminución de la dignidad de los laicos, en general, y de las mujeres, en particular. Y también afirma que todos están llamados a participar plenamente en la vida de la Iglesia, cada uno según su papel y carisma. Sin embargo, tal vez queramos reflexionar sobre si, en la práctica, todavía estamos tentados a dividir a la Iglesia en líderes y seguidores o a dejar que funcione más como una burocracia que como un pueblo que vive en comunión.⁵ Del mismo modo, el Catecismo dice explícitamente que las personas con tendencias homosexuales "deben ser aceptadas con respeto, compasión y sensibilidad" y que "se debe evitar todo signo de discriminación injusta en su respecto".⁶ Sin embargo, ¿estamos realmente encarnando tales posturas? ¿Es posible que necesitemos crecer en nuestra capacidad de seguir lo que el Señor nos dice en este y otros asuntos? Los desacuerdos internos sobre lo que la Iglesia enseña son una invitación a examinar nuestra conciencia, crecer en nuestra comprensión de lo que el Señor nos llama y encarnar más plenamente los mandamientos de Cristo.

También hubo consenso significativo entre los participantes del sínodo de que llegar e involucrar a los jóvenes en la vida de la Iglesia y proporcionarles modelos adecuados a seguir es un desafío muy apremiante. Muchos lamentaron la falta de formación permanente y acompañamiento de los jóvenes más allá de la educación sacramental, y notaron que con frecuencia los jóvenes y adolescentes abandonan la Iglesia después de la Confirmación. Adicionalmente, las personas identificaron como obstáculos fundamentales a la vida de fe de hoy la historia de abuso del clero, sus efectos persistentes y su impacto negativo en el testimonio público de la Iglesia, la capacidad de retener a sus fieles y la autoridad moral para alentar la participación y entrega. La gente también mencionó los desacuerdos entre sacerdotes, pastores y obispos en la Iglesia, los escándalos y falta de transparencia causada por algunos de ellos, y el énfasis percibido en la importancia del clero y la jerarquía por encima de los laicos como elementos que crean dificultades en la vida de los fieles. Por último, la pandemia y sus efectos también surgió como desafío significativo. La gente se sintió aislada ya que muchos de los ministerios que brindaban apoyo y alimentos se detuvieron y no pudieron reiniciar de manera oportuna a medida que se aliviaban las restricciones relacionadas con la pandemia.

El proceso sinodal: frutos y obstáculos

En general, la jornada sinodal diocesana fue profundamente conmovedora y hermosa. Ya ha enriquecido la vida de nuestra diócesis al plantar muchas semillas inesperadas

⁵ Papa Francisco, "Discurso a los fieles de la diócesis de Roma", 18 de septiembre de 2021.

⁶ CEC 2348.

de amistad y comunión dentro de nuestras comunidades y entre ellas. He aquí una muestra de las reflexiones de las personas sobre el proceso y sus frutos en sus comunidades.

"Los estudiantes que participaron en nuestra conversación estuvieron de acuerdo en que valía la pena considerar y discutir estas preguntas, incluso aparte del impacto que nuestra discusión pueda tener en el proceso sinodal. Fue instructivo para mí, como ministro del campus, contar con esta plataforma para escuchar las respuestas de mis estudiantes". "El proceso de las sesiones de escucha, aunque inicialmente se encontró con mucho escepticismo, pareció ser una experiencia positiva para todos los que participaron. Ayudó a aumentar la comprensión de cada uno de ellos dentro de nuestra comunidad y fue una buena manera de identificar sus necesidades". "El proceso sinodal fue al principio un poco desalentador. ¿Sería esto realmente fructífero? ¿Qué aprenderíamos que otros necesitaran escuchar? ¿Tendrán nuestras respuestas un efecto real? Puedo decir que la disputa con mis hermanos sacerdotes fue fraternalmente gratificante... Me conmovieron sus respuestas; su franqueza, su humildad y su deseo genuino de compartir su verdad, gran parte de la cual era muy personal". "Los participantes apreciaron el proceso sinodal. Continuar la conversación sería beneficioso en muchos niveles, especialmente para aumentar el espíritu comunitario, nutrirnos mutuamente en nuestra fe y compartir nuestras luchas". Una más, "Reunimos a personas de edades y orígenes muy diferentes para sentarnos y discutir, algo que *ninguno* de ellos había hecho en un entorno como este. Escuchar las preocupaciones e ideas personales de hombres y mujeres, viejos y jóvenes, casados y solteros, sacerdotes y diáconos fue una gran oportunidad. La comunión fue fantástica; ha abierto las puertas a nuevos miembros y participantes en diversas organizaciones y grupos de la Iglesia, y ahora en la Misa muchos de nosotros, que no nos conocíamos de antes, nos acercamos para saludarnos y compartir. Sin este evento, esto no habría sucedido".

Qué hermoso testimonio del don que el Santo Padre nos ha dado al convocarnos a participar en el sínodo. Sin embargo, no debemos dar la impresión de que todo fue perfecto. Las dificultades y las luchas abundaron, y el camino para encarnar la visión a la que aspiraba el sínodo es todavía muy largo. En primer lugar, si bien la participación en el sínodo superó con creces todas las expectativas, debemos reconocer que hubo un número considerable de parroquias y grupos que, por diversas razones, decidieron no participar en él. En segundo lugar, incluso algunas de las parroquias y grupos que formaban parte del proceso parecían estar más preocupados por "marcar la casilla", por así decirlo, en lugar de invertir el tiempo y la energía necesarios para participar plenamente en él. En tercer lugar, había un considerable escepticismo y, a veces, una oposición abierta al sínodo de la diócesis. Cuarto, y esto fue aún más frecuente, a

pesar de todos los mejores esfuerzos de los diversos facilitadores sinodales en toda la diócesis, varios meses después del proceso, la mayoría de la gente todavía no lo sabía. Hay parroquias y grupos que realmente trataron de ofrecer a sus miembros la oportunidad de participar en el sínodo, pero su gente terminó sin aparecer en las sesiones programadas o respondiendo a las encuestas online. Incluso, en muchas parroquias y grupos donde el sínodo fue bien atendido, solo involucró a una pequeña fracción de la membresía general. De hecho, el sínodo reveló una profunda desconexión y ruptura en la comunicación que caracteriza a muchas de nuestras comunidades. Un pequeño grupo de personas lleva la mayor parte de nuestras parroquias a las actividades de las comunidades, mientras que otros parecen pasar pasivamente por los movimientos. Como sugieren algunos de los testimonios, el sínodo ciertamente ayudó a ampliar ese círculo de conversación y cuidado. También hay ejemplos conmovedores de personas, que generalmente están marginadas y en el exterior, para quienes este proceso abrió un camino de participación más plena en la vida de sus comunidades y para hacer que sus voces sean escuchadas. Pese a todo, debemos reconocer que no sucedió a gran escala y que se deben tomar medidas para aumentar la participación activa de las personas en la vida de la Iglesia. Finalmente, una última dificultad que encontramos en el camino es que organizar, dirigir y capturar los frutos de las sesiones sinodales no es fácil. El arte de encontrar y escuchar a la gente es una habilidad que necesita ser cultivada en lugar de algo que puede ser improvisado. En consecuencia, parte de la riqueza que surgió del sínodo se perdió, ya que las descripciones de las conversaciones sinodales que recibió la diócesis no siempre se referían a lo que la gente realmente expresaba durante las sesiones de escucha. Tales observaciones no pretenden ser una crítica contra las personas que con increíble generosidad ayudaron a administrar el proceso en sus comunidades. En cambio, se mencionan para reconocer que, si queremos convertirnos en una Iglesia sinodal en la que la conversación comunitaria es un hábito, tendremos que invertir los recursos necesarios para formar un liderazgo sinodal también.

Las dificultades que encontramos no deben sorprendernos. Por un lado, participar en el sínodo de esta manera es un esfuerzo completamente nuevo, y tomará tiempo y práctica convertirse en una Iglesia que sea verdaderamente capaz de hacerlo. El proceso definitivamente se sintió como cuando se aprende a caminar. Tropezamos en el camino, y nuestros pasos fueron un poco inestables a veces, pero ahora sabemos cómo movernos con más confianza y estamos ansiosos por mejorar para que algún día podamos correr. Por otro lado, ninguna "bala de plata" puede quitar la lucha en nuestro camino de fe individualmente y como Iglesia. Ni siquiera el sínodo puede traer de vuelta a la gente en bandadas a las bancas, evitar que los jóvenes luchen y a menudo abandonen la fe, o hacer que la sociedad reconozca la verdad del cristianismo. Como siempre en la vida cristiana, hay algo que viene antes. La solución no es simplemente

una nueva forma de tener conversaciones entre nosotros. Algo debe capturar los corazones y las mentes de cada uno de nosotros, de nuestros contemporáneos y de nuestros hermanos católicos para que todos sientan el deseo de participar más plenamente en la vida de la Iglesia. Y lo que es cierto para el sínodo es cierto para una serie de otras ideas que debatimos en la Iglesia. No es agregar tal o cual curso catequético lo que resolverá nuestros problemas, ni la solución será celebrar la liturgia de una manera u otra, reformar esta o aquella enseñanza, o cambiar a tal o cual líder. El Papa Francisco siempre ha estado cautivado por lo que Benedicto XVI escribió en la primera página de su encíclica *Deus Caritas Est*: "Ser cristiano no es el resultado de una elección ética o una idea elevada [y no es el resultado de nuevos programas o proyectos, podríamos agregar], sino el encuentro con un evento, una persona, lo que da a la vida un nuevo horizonte y una dirección decisiva".⁷ Una cosa que aprendimos del sínodo es precisamente la necesidad de dar un mayor espacio al encuentro con el Señor en nuestras vidas y de tomar medidas para hacer que las vidas de nuestras comunidades sean más abiertas y sintonizadas con tal encuentro.

Cuando se les pidió que reflexionaran sobre los pasos que el Espíritu Santo está sugiriendo para encarnar más plenamente nuestra vocación cristiana hoy, la gente se centró en lo siguiente: la necesidad de aumentar el silencio y la oración en nuestras vidas, especialmente dando espacio a los momentos de Adoración Eucarística y de escucha tranquila de Dios; organizar la vida de nuestras parroquias y comunidades para que allí puedan crearse oportunidades cada vez más fácilmente accesibles para orar y crecer en la vida cristiana a través de la formación continua en la fe, estudios bíblicos, pequeños grupos de fe y retiros; ser más audaces y generosos en nuestro testimonio del Evangelio compartiendo nuestro testimonio con los demás y llegando más allá de la comodidad de la parroquia o de la comunidad de fe; ser mejores ejemplos de Cristo y modelos de fe para nuestras familias y para nuestra comunidad en general, especialmente en entornos que no son explícitamente cristianos; abrazar la diversidad de idiomas y culturas que conforman nuestra comunidad católica y ofrecer un acceso más frecuente a la Santa Misa, los sacramentos y la formación en la fe en el idioma nativo de quienes no hablan inglés; poner mayor énfasis en la formación e inclusión de los jóvenes en nuestras parroquias y comunidades invirtiendo tiempo y recursos en fomentar la fe en los jóvenes reafirmando su papel trascendental en la Iglesia; proporcionar un mayor apoyo a las familias asistiéndolas y promoviendo actividades que involucren a todos sus miembros; cuidar mejor las relaciones dentro de nuestras parroquias y comunidades siendo más atentos, honestos, perdonadores, pacientes y humildes unos con otros, ya que con demasiada frecuencia vivimos como extraños cuando, en cambio, estamos llamados a ser hermanos y hermanas; a

⁷ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, no. 7.

reconocer y abordar el sufrimiento que existe en nuestras parroquias, comunidades de fe y lugares donde vivimos, extendiendo la mano y ministrando más intencionalmente a los marginados y pobres de forma individual sin simplemente delegar el llamado cristiano fundamental a actividades organizadas por la diócesis; y, finalmente, trabajar por la unidad en nuestras parroquias y comunidades para que nuestro testimonio público se fortalezca y podamos crecer en comunión unos con otros y con el Señor.

En medio de los muchos desafíos del mundo de hoy, debemos convertirnos en una Iglesia sinodal, es decir, una Iglesia que sea consciente de que el Señor está presente en medio de nosotros y anhela la unidad con nosotros y, por lo tanto, quiera seguir sus pasos. Es por ello que debemos escuchar los testimonios de las formas en las que el Señor está obrando en nuestras vidas y en las vidas de nuestras comunidades, y en los cuestionamientos y desafíos que enfrentan las personas. El Señor nos está llamando a través de todas estas cosas, pidiéndonos que demos un paso adelante en nuestra vocación cristiana. Participar en el sínodo dio a la gente una señal concreta de que la Iglesia se preocupa por ellos, que sus testimonios tienen valor y que sus necesidades son escuchadas y aceptadas. Una cosa es decir que Cristo nos alcanza y cuida a través de la Iglesia. Es completamente diferente ver esa realidad encarnada en alguien que ora contigo, te mira, te escucha y desea caminar contigo. En este tiempo de confusión, dificultades y divisiones, necesitamos experimentar de nuevo la mano que Cristo nos está dando, la caricia del Nazareno tocando nuestras heridas y abrazando nuestras necesidades a través de la presencia concreta de personas que nos aman. Que el Espíritu Santo nos acompañe mientras continuamos nuestro camino juntos para convertirnos en una comunidad.